

UNO

La mentira es sólo la imagen invertida de la verdad. No hay mentira eficaz si no parece una verdad, y a menudo la verdad es tan increíble que semeja una mentira. El discurrir de la vida es una sucesión de mentiras que avanzan con la autoridad de la verdad, y de verdades que caminan con la sinuosa oscilación de la mentira.

Si tuviera que definir mi existencia de forma categórica y precisa, elegiría las palabras que acabo de transcribir y continuaría diciendo que Londres es una ciudad inevitable para cualquiera de mi profesión. Si te interesa el *arte*, nunca va a defraudarte la ciudad del Támesis. Suelo ir a la National Gallery, pero permanezco más rato en el taller de Greenlake, sólo frecuentado por *connaisseurs*.

Samuel Greenlake tiene la llave del envés del arte. Su taller es un espejo que únicamente los iniciados pueden atravesar, para percibir que tras el cristal sólo hay simulacros. Dos obras salidas de su taller irradian en

los salones de Buckingham Palace: una estatua egipcia de la época de Tutankamón y un cuadro de John Anster Fitzgerald. Lo digo para indicar la versatilidad de mi amigo, si bien no trabaja solo, pues sabe rodearse de las gentes más hábiles del gremio: hombres y mujeres que como los monjes amanuenses del Medievo no reclaman autorías ni pretenden ser originales.

Una noche de abril, Samuel me recibe en su taller. Le traigo veinte dibujos que le van a interesar. Nada más llegar, siento en la piel el roce de la malla invisible que envuelve a las personalidades cómplices. Samuel me ofrece una copa de burdeos y saludo a Robert y Brian, expertos en pintura decimonónica. Ellos son los responsables del cuadro que figura en el Buckingham Palace. Me contó Greenlake que cuando le estaban dando los últimos toques, Robert y Brian pegaron en el reverso del lienzo trozos de periódicos victorianos. Un detalle eficaz. Yo por eso procuro comprar en todas las ciudades por las que paso viejas colecciones de periódicos y revistas.

Mientras recorremos el taller, mi anfitrión me muestra la Princesa de Amarna, una estatua de alabastro sin cabeza, de la época de Akenatón, que el Museo Bolton acaba de adquirir por medio millón de libras.

—A los responsables del museo les fascinó —me dice Samuel—. La consideran una rareza. Nosotros también.

Más adelante veo obras de Giacometti, e incluso de Basquiat. Samuel también se dedica a los contemporá-

neos, por eso me incluye en su nómina. Detrás de una terracota china de la dinastía Qin, veo un bajorrelieve asirio (un soldado montado a caballo con inscripciones cuneiformes a un lado), un koré griego, un Degas, un Matisse, una vasija etrusca y una colección de joyas visigodas, que llaman poderosamente mi atención. Todo lo cual para indicar que es un placer pasar una velada con gente tan afín y tan hospitalaria, rodeada de obras maestras de diferentes épocas. Una experiencia impagable, pero Samuel es así; su gentileza forma parte de su ser, y es buen pagador. Da gusto negociar con él.

Desde Londres cojo un vuelo hasta Túnez, donde me aguarda Sebastián Veronés, otro de mis socios, que me ha abierto las puertas del mercado árabe, pródigo en adinerados que quieren invertir en arte. Le tengo un cariño especial a Sebastián porque fue amigo de mi padre y me ha hablado de él más que mi propia madre. Me está esperando en el aeropuerto con la sonrisa oblicua en los labios, y me transporta en su coche hasta el hotel. Es un hombre huesudo de ojos azules, y circula entre los automóviles con la pericia de quien se ha tenido que burlar en más de una ocasión de sus perseguidores por autopistas muy frecuentadas y carreteras perdidas.

Dejo mi equipaje en el hotel y me lleva de paseo por el zoco. Allí me dice que le aguarde en una esquina, y entra en una platería con un objeto en la mano que

acaba de extraer de la guantera del coche. Sale del establecimiento media hora después y me guía hasta la populosa avenida Habib Bourguiba, a la que accedemos por el flanco de la Torre del Reloj, con su tracería de color rojo. A nuestro alrededor circula una multitud incesante, que nos envuelve y nos comunica una apremiante inquietud que parece carecer de sentido. Entramos en un café francés donde sirven alcohol y nos sentamos en una galería acristalada desde donde podemos ver la calle. Allí Sebastián me regala una estilográfica de plata.

—¿De dónde la has sacado? —pregunto.

—Se la jugué a los dados a mi amigo Mustafá, el platero. Considéralo un regalo de Alá, que desea proporcionarte el instrumento para que escribas con más amor tus memorias y me saques en ellas como a un héroe de nuestro tiempo.

—Gracias —digo conmovida—. ¿Sigues siendo jugador?

—Sí.

—¿Y en qué consiste tu sistema?

—Antes de la baza definitiva, dejo ganar a mis adversarios. A tu padre le ganaba siempre siguiendo esa gramática elemental. ¿Te ha hablado alguien de tu familia de mis problemas en Turquía?

—No, el único que podría haberlo hecho era mi padre, y se fue al otro mundo bien pronto.